

Desde el Comité Editorial



La ciencia mexicana, *¿requiescat in pace?*

“La ciencia mexicana ha recibido y está recibiendo durante este sexenio un apoyo económico sin precedentes” fue una frase “cacareada, cacareada y cacareada” tanto por el que fuera responsable de la política nacional durante el sexenio anterior como por sus acólitos. ¡Nada más falso que eso! La ciencia mexicana nunca, desde ya entrada la segunda mitad del siglo pasado, en que dejó de ser en nuestro país un pasatiempo de mentes privilegiadas e inquisitivas y se profesionalizó, ha padecido penurias tales que podrían interpretarse como augurio de su próxima desaparición. El fin de la ciencia mexicana parece haberse decretado en el sexenio anterior y, de continuarse como hasta ahora, no tardará en concretarse. ¿RIP a la ciencia básica mexicana?

Parece haberse olvidado que la ciencia básica crea conocimiento, que la tecnología hace posible tanto la generación del nuevo conocimiento como su aplicación y que la innovación conduce lo ya conocido por nuevos caminos. Se ha olvidado también que sin ciencia básica, la tecnología y la innovación son meras quimeras, pues es en el seno de los laboratorios en los que se practica la ciencia básica donde, a la vera de experimentados científicos, tanto los futuros tecnólogos como los innovadores adquieren artesanalmente la disciplina, el rigor y la reciedumbre científica que requerirán en su trabajo futuro.

Pródromos inquietantes que han estado presentes desde su inicio, pero que ahora se agudizan, son la falta de confianza de la clase política y empresarial de nuestro país en la ciencia mexicana como factor de progreso para el desarrollo nacional, el desprecio hábilmente disimulado que ambos grupos sienten por sus científicos y la orientación que se ha dado a la distribución de los recursos públicos destinados al apoyo y la promoción de la ciencia en México. Es claro que si la palabra *ciencia* ha adquirido carta de naturalización en muchos países y su práctica en los más avanzados de ellos ha pasado a ser política de Estado, en el nuestro, hasta el momento de escribir estas líneas, tiene tan sólo un carácter cosmético al que hay que considerar únicamente al momento de los brindis y discursos oficiales, y olvidarse de ello al día siguiente, como suele ocurrir en tales situaciones.

Si bien es cierto que se ha promulgado una Ley de Ciencia y Tecnología, su dictado de destinar un triste 1% del producto interno bruto (PIB), si se le compara

con lo que dedican otros países como apoyo para la promoción de la ciencia, no se ha cumplido y probablemente será atendido, si es que lo es, hasta un día antes del “Juicio Final”, y tan sólo para dejar de contradecir en ese momento tan significativo el famoso principio de inviolabilidad de las leyes que tan continuamente se expresa en el discurso oficial. Prodrómico resulta también que el que hasta hace pocos meses se llamara Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), y que fuera creado para la promoción de la ciencia básica y de la tecnología en nuestro país, se haya desentendido completa e irresponsablemente de su misión primaria. Así, en aras de atender intereses que poco tienen que ver con sus cometidos originales, este organismo ha dejado, *de facto*, que sean las universidades y los centros de investigación los que, con escasos recursos escamoteados de sus ya de por sí exigüos presupuestos, sean las instancias que ahora tienen el deber de apoyar a la ciencia, la tecnología y la innovación en nuestro país. Por otro lado, no me resulta claro de qué manera la inclusión de las humanidades en el nuevo Consejo Nacional de las Humanidades, las Ciencias y las Tecnologías (Conahcyt) permitirá dar apoyo material a la ciencia mexicana y optimizar sus recursos financieros.

Finalmente, dentro de este panorama desolador y pleno de descomposición, el canibalismo entre científicos, con la complacencia de las instancias que financian a la ciencia, se ha desatado y ha adquirido un carácter esquizofrénico, en el mejor sentido clínico del término. De esta manera, en total alejamiento con la realidad, algunos revisores, temerosos quizá de que no alcance el dinero para ellos, rechazan proyectos con base en la pequeñez de sus aspiraciones científicas cuando éstas son congruentes con los escasos recursos económicos ofrecidos, dedican particular cuidado en aislar a los investigadores y estudiantes en el ámbito de sus laboratorios y, en una actitud alucinante en la que destaca un total desconocimiento de la aritmética más elemental, pretenden que los pocos recursos otorgados hayan sido suficientes para sufragar experimentos cada vez más costosos, encaminados a graduar a un buen número de doctores y para la publicación de los

resultados obtenidos en revistas cuyo costo de publicación supera, en muchas ocasiones, lo otorgado como donativo.

Queridos amigos y lectores, lamento en esta ocasión escribir con desánimo, pero los resultados de la Convocatoria de Investigación Científica Básica 2017-2018, que constituyeron a la vez burla y agravio para los investigadores de este sector al apoyar con cuentagotas tan sólo a un puñado de científicos, y que para colmo aún no han sido entregados a los investigadores, no dejan lugar a dudas. ¡No existen recursos financieros y muy probablemente tampoco interés para apoyar a la ciencia básica en México! Por fortuna, el interés, la inteligencia y el entusiasmo de sus investigadores por construir una sociedad basada en el conocimiento que revitalice nuestra ciencia sí existe, como dan testimonio los artículos presentados a ustedes en la sección temática de este número de la revista *Ciencia*; y asimismo lo subraya la agenda que sobre ciencia, tecnología e innovación se entregó el 22 de agosto de 2018 al presidente electo Andrés Manuel López Obrador, en la que de forma consensada 200 investigadores adscritos a 70 diferentes instituciones científicas del país hacen un diagnóstico del estado que guarda la ciencia en México y proponen soluciones para remediar sus males. ¡Toca al nuevo gobierno de este país escoger entre ir al rescate de la ciencia mexicana o asistir a su funeral!

MIGUEL PÉREZ DE LA MORA*
Director

* Los conceptos e ideas vertidos en este editorial son de mi autoría exclusiva como investigador y, por consiguiente, libero de toda responsabilidad a la AMC y a los miembros del Comité Editorial de *Ciencia*, dado que podrían no ser compartidos parcial o totalmente por ellos.